

alguno Me ama, observará mi doctrina; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él» (8). Dios habita, por consiguiente, en nosotros como *Padre sumamente amable*.

b) Pero viene a nosotros también a título de *Amigo*. La amistad añade a las relaciones de padre y de hijo cierta igualdad e intimidad, una mutua y dulce comunicación de sentimientos. Pues bien; de este género son las relaciones que la gracia establece entre Dios y nosotros: aunque, claro está, no se trata de una *verdadera igualdad*, sino de *cierta semejanza* que basta para que exista verdadera intimidad. Dios, en efecto, nos descubre sus secretos; nos habla, no sólo por medio de su Iglesia, sino también interiormente por su divino Espíritu: «El os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas» (9), dijo Jesús hablando a los Apóstoles de la venida del Espíritu Santo. Y también les declaró que El los consideraba como sus amigos y no como siervos: «Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre» (10). El encanto de una dulce familiaridad habrá de caracterizar a las relaciones entre Dios y el hombre, esa familiaridad que existe entre dos amigos cuando se sientan a comer juntos: «He aquí, dice el Señor, que estoy a la puerta, y llamo; si alguien escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré a él, y con él cenaré, y él conmigo» (11). ¡Admirable condescendencia del Señor! y admirable intimidad, que jamás hubiéramos osado ambicionar, si El mismo no se hubiera anticipado a ofrecérsela. Y, sin embargo, esta intimidad se ha realizado y se realiza aún cada día, no sólo en los Santos, sino también en las almas verdaderamente piadosas y espirituales. Atestígualo así el autor de la *Imitación de Cristo* cuando describe las frecuentes visitas del Huésped divino a las almas interiores, las dulces conversaciones que con ellas tiene, los consuelos que les prodiga, la paz que hace reinar en ellas, la estupenda familiaridad con que las

trata (12). Efectivamente, la vida de las almas místicas, así antiguas como modernas, una Santa Gertrudis, una Santa Teresa, o Santa Teresita del Niño Jesús, o Sor Benigna Consolata, y tantas otras, demuestra que las palabras de la *Imitación* se realizan constantemente en la Iglesia Católica. Es, por lo tanto, muy cierto que Dios vive en nosotros, por la gracia, como Amigo íntimo.

c) Mas no permanece allí ocioso, sino que es activo y poderosísimo *Colaborador*. Sabiendo muy bien que nosotros solos no podemos cultivar debidamente la vida sobrenatural, suple a nuestra impotencia colaborando El por medio de la gracia actual. ¿Necesitamos *luz* para percibir las verdades de la fe, que han de guiar nuestros pasos por el camino de la perfección? Pues El es «Padre de las luces» (13), y vendrá a iluminar nuestra inteligencia para que comprenda bien todo lo que al último fin se refiere y a los medios para alcanzarlo; El nos sugerirá buenos pensamientos, inspiradores de buenas acciones. ¿Necesitamos *fuerza* para querer sinceramente orientar la vida hacia nuestro fin, para quererlo enérgica y constantemente? Pues El nos dará ese concurso sobrenatural que «obra en nosotros no sólo el querer sino también el ejecutar» (14). Si se trata de *combatir nuestras pasiones* o de doméñarlas, de *vencer las tentaciones* que a veces pertinazmente nos acometen, El también nos dará fuerzas para resistir y aun para sacar provecho espiritual, afianzándonos en la virtud (15). Cuando quizá cansados de hacer el bien, estemos a punto de dejarnos llevar del *desaliento*, El nos sostendrá, pues habiendo comenzado la obra de nuestra santificación, la llevará a feliz término (16). En una palabra: nunca nos dejará solos, aun cuando, privados de consuelo, pensemos que nos ha abandonado: no, la gracia de Dios estará con nosotros; y apoyados en este poderosísimo Colaborador, seremos invencibles, porque «lo podemos todo en Aquél que nos conforta», según dijo el Apóstol (17).

d) El divino Colaborador es al mismo tiempo *Santificador*: viniendo a habitar en nuestra